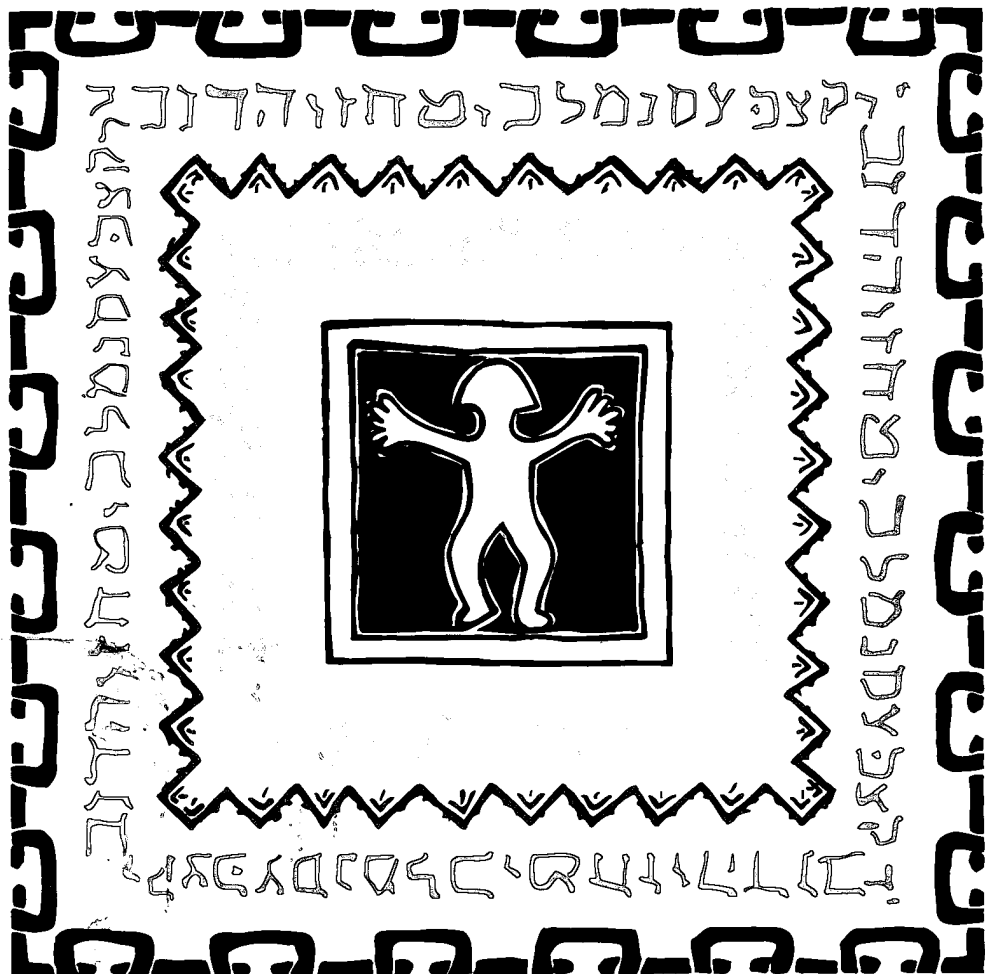


Antonio Duplá, Piedad Frías e Iban Zaldúa (eds.)

OCCIDENTE Y EL OTRO: Una historia de miedo y rechazo



Edita

Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz

Diseño y Maquetación

Centro de Diseño del Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz

Diseño de portada

Silvia Martín

Imprime

Gráficas Santamaría, S.A. - Bekolarra, 4

Depósito Legal: VI- 86/96

I.S.B.N. 84-87645-47-X

El moro como paradigma del otro en el Nacionalismo Español

Prudencio García Isasti

En el curso de este artículo me propongo abordar un tema relativo al racismo como fenómeno presente en nuestra sociedad que tiene unas bases históricas que pueden ser rastreadas de acuerdo con los patrones de una investigación científica corriente. Me propongo demostrar que, de entre los diferentes sujetos sociales que en la actualidad son susceptibles a ser objetivados como extraños y hostiles por nuestra sociedad (es decir, son percibidos como otros y por lo tanto, pueden ser blanco de odios racistas), los magrebíes son quizás los que reúnen un mayor número de posibilidades de ser caracterizados como tales. Ello es debido a un conjunto de circunstancias históricas que intentaré brevemente reseñar.

Por supuesto que consideraciones de orden geográfico (la proximidad de Marruecos) y económico (la ola migratoria del Magreb hacia Europa) son asimismo elementos añadidos a estas circunstancias que juegan un papel similar e incluso superior, pero en el curso de mi argumentación prescindiré de ellos (pienso que en general son suficientemente conocidos) para centrarme en los aspectos exclusivamente históricos, que juegan un papel a mi entender muy importante.

Una cuestión previa: ¿Moros o Magrebíes?

Una breve consulta al Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (20^o ed., 1984) no revela, a priori, que la palabra moro/a tenga ningún significado peyorativo: *(Del latín maurus) adj. Natural de la parte de Africa septentrional, frontera a España, donde estaba la antigua provincia de Mauritania. 3. Por ext., que profesa la religión de Mahoma* (cito únicamente dos de las diez afecciones señaladas). Una consulta al *Diccionario Retana de Autoridades del Euskera* (1^o ed., 1981) del equivalente en euskara *mairu*, además de señalar su equivalencia con el castellano moro, recoge dos acepciones de dicha palabra en el mundo tradicional vasco (documentadas por J.M. Barandiarán) que, asimismo, están lejos de suponer un valor peyorativo a priori: *II. Genio a quien se atribuye la construcción de los cromlechs. III. Con este nombre son designados generalmente tipos de hombres de otros tiempos, no*

cristianos, es decir, paganos. Hoy todavía mairu es uno que no está bautizado, no es cristiano. Es decir, en ambos casos se está lejos de dar a la palabra un significado despectivo (incluso se puede decir que en euskara es francamente admirativo), pero se subraya el carácter ajeno a la sociedad de los moros, debido a su condición de no cristianos. Es importante retener este dato: los moros siempre son vistos como ajenos a esta sociedad.

Personalmente, considero que en la actualidad (y probablemente durante largos siglos para la sociedad española, aunque no para la vasca, que los dotó de un carácter mítico) la palabra moro tiene una fuerte carga despectiva-peyorativa, por lo que propongo que sea sustituida por el término magrebí, que de hecho es el que se usa corrientemente en los medios de comunicación. A ello me atendré en el curso de este artículo.

Sobre la etimología de la palabra *magrebí*, resulta curioso comprobar que, para burla y escarnio de racistas matamoros, tiene en árabe un significado equivalente al castellano *occidental*. En efecto, la palabra castellana *Magreb* se refiere a la región de *el antiguo imperio mahometano del NO de Africa... que en árabe se denomina Maghreb el Aksa, que significa país del Extremo Occidente* (Enciclopedia *Espasa*, 1º ed., voz *Marruecos*), de donde se deduce la corrección de nuestro aserto. En la actualidad, la Unión del Magreb Árabe (UMA, fundada en 1989) comprende los estados de Marruecos, Argelia, Tunicia, Mauritania y Libia.

La Edad Media: Entre la Tolerancia y el Ghetto

En el año 711 de nuestra era, un ejército de árabes y bereberes musulmanes atravesaba el estrecho de Gibraltar y, en el espacio de breves años, liquidaba la monarquía visigoda y se apoderaba de la práctica totalidad de la península ibérica. Todo el periodo que se extiende hasta el año 1492 constituye la Edad Media hispana, y ha sido tradicionalmente denominado por la historiografía como Reconquista, queriendo significar que la dualidad de estados independientes musulmanes y cristianos durante todo este periodo constituye su característica más importante.

Una cierta historiografía (a la que por localizar de algún modo podríamos caracterizar como conservadora o franquista) ha tendido a presentarnos este extenso periodo como una lucha sin cuartel entre heroicos cristianos y pérfidos moros, enemigos irreconciliables, que culmina con la conquista del Reino de Granada (reconquista en su terminología). En el extremo opuesto, la historiografía de carácter liberal (cuyo máximo representante sería

Américo Castro) ha subrayado las largas etapas de convivencia pacífica, la práctica inexistencia de conflictos sociales entre moros y cristianos (aparte del hecho mismo de la reconquista) y, en suma, la armoniosa y fructífera convivencia entre ambas culturas durante largos siglos, interrumpida lamentablemente por el inicio de la política imperial e intolerante de los Reyes Católicos (y prolongada por los Austrias).

Al margen de estos problemas historiográficos (que atañen fundamentalmente al s. XX, y como tales los trataremos más adelante), recientes investigaciones tienden a relativizar ambos supuestos. Dejando a un lado la desprestigiada imagen de conflicto perpetuo, y siguiendo a **Glick**¹, es necesario señalar que las relaciones entre las diferentes etnias que poblaban la península (la diferencia de etnia era percibida ante todo en términos religiosos, no culturales o lingüísticos) venían reguladas primordialmente de acuerdo con las normas establecidas en el Corán (en las zonas musulmanas). En este libro se establecían unas cómodas normas de tolerancia, por las cuales junto a los fieles convivían unas minorías religiosas denominadas *dhimmis* o “pueblos del Libro” (judíos y cristianos), a los que se garantizaba su existencia pacífica: los tres grupos se mantenían bien diferenciados y separados (para evitar la contaminación) y gozaban de sus propios tribunales donde eran juzgados por sus propios jueces de acuerdo con sus propias leyes. El resultado era una convivencia pacífica, pero separada.

Conforme los reinos cristianos se extendieron hacia el Sur, se vieron en la necesidad de regular las relaciones entre estos tres grupos étnico-religiosos, y para ello el mecanismo fundamental consistió en preservar el statu quo establecido por los musulmanes (convivencia pacífica entre comunidades separadas). Pero así como entre estos últimos los *dhimmis* contaban con una sanción religiosa, entre los cristianos se trataba de una institución sujeta a los cambiantes equilibrios socio-políticos de cada ciudad o reino. Esto quiere decir que, conforme avanzaba la Reconquista, desde la situación de convivencia y cuasi-igualdad de la Toledo del s. XI (tan celebrada por **Castro**) se fue derivando a una creciente marginación y presión cristianizadora. Tras la toma de Granada, la política de conversión forzosa o expulsión se afianzará de forma definitiva, arrinconando todo vestigio de tolerancia.

Granada 1492: El inicio de una política de limpieza étnica

Con todo, al hacer balance de la Edad Media podemos decir sin ambages que la convivencia y la tolerancia (aunque no la igualdad y la integración) entre

moros y cristianos es la nota dominante. Sin embargo, entre los cristianos, existían los gérmenes necesarios para llevar a cabo en un breve lapso de tiempo un vuelco total de política hacia la intolerancia más fanática.

El decreto de conversión forzosa o expulsión de los judíos, firmado por los **Reyes Católicos** el mismo año de la capitulación de Granada (1492) debió de haber hecho pensar a los musulmanes acerca de cual era su previsible destino. Sin embargo, las Capitulaciones de Granada parecían ajustarse a las normas tradicionales utilizadas por los cristianos a lo largo de toda la Reconquista: se garantizaba a los moros el status de minoría religiosa, lo cual suponía el libre ejercicio de su religión, su propia lengua, sus costumbres, vestimenta, código legal propio para múltiples cuestiones (herencia, matrimonio, etc...); es decir, el mantenimiento de su propia identidad en pacífica convivencia (separada) con los cristianos.

Dicha política sólo duró ocho años más. En 1500, el ínclito fundador de la España *eterna*, el Arzobispo de Toledo cardenal **Cisneros**, provocaba un levantamiento popular en Granada y obtenía con ello la excusa formal para declarar nulos los acuerdos de ocho años antes y promulgar un *diktat* implacable: todos los musulmanes debían bautizarse o abandonar el reino (despojados de sus bienes, por supuesto). Esta medida se puso en vigor en Castilla en 1502, Navarra en 1512, Valencia en 1521 y Aragón en 1526. No se reparó en medios. Ante el peligro de que muchos optaran por el destierro y con ello debilitaran la economía del reino, **Carlos V** daba este tipo de recomendaciones a los encargados de llevar adelante los decretos en Valencia (1525):

Será bien...que en caso que ellos estuviesen pertinaces y endurecidos en su secta y determinasen irse fuera de nuestros reynos, han de dejar sus hijos para que sean christianos, porque esto será mucha parte para convertirse los padres...²

Por supuesto, el bautizo forzoso de miles de musulmanes no fue sino el inicio de un largo y doloroso problema. Era de todo punto evidente que el bautizo formal no bastaba para convertir a los moriscos (así se denominó a los moros convertidos) en auténticos cristianos. Ello dió lugar a que a partir de esa fecha y durante todo el s. XVI se dictaran toda una serie de medidas destinadas a despojarlos de cualquier resto de identidad étnica propia: se les prohibió vivir juntos en barrios separados, celebrar sus propias fiestas, vestir sus propios atuendos, mantener sus propias costumbres (alimenticias, matrimoniales, etc...); por supuesto se les exhortó a no enseñar a sus hijos su propia lengua y aún a dejar de hablarla ellos mismos; se les prohibió el acceso a cualquier cargo u oficio de un cierto rango (escribano, médico, boticario, etc...) En último término, y ante la creciente irritación social que provoca-

ban, se les dispersó por todo el reino (en Castilla) e incluso se propugnó que fueran despojados de sus hijos, tal como se recoge en el siguiente texto de 1565 del Sínodo de Granada:

Que a los hijos destos mas principales Vuestra Majestad los mandase llevar y criar en Castilla la Vieja a costa de sus padres para que cobrasen las costumbres y Christiandad de allá y olvidasen las de acá hasta que fuesen hombres.³

Falta señalar que, como es natural, al tratarse formalmente de cristianos, la vigilancia de los moriscos corría a cargo de la Inquisición, que aplicaba para ello sus métodos habituales, entre ellos el fomento de la delación anónima, la histeria social, etc... Por ello no es extraño que la población en general, ante estas medidas de sus autoridades civiles y eclesiásticas, reaccionara con una desconfianza y un encono creciente ante los moriscos, convertidos ahora en la personificación del otro. La guerra sostenida en el Mediterráneo contra los turcos, y las incursiones y devastaciones de sus aliados, los piratas de la Berbería, durante todo el s. XVI, son un factor más en la demonización creciente de este grupo étnico.

El alzamiento de las Alpujarras en 1568 supuso la constatación del fracaso de la política asimilacionista. El camino a la expulsión definitiva estaba abierto, y ésta se produjo en 1609. Pero antes de cerrar este apartado, no puedo resistir la tentación de reflejar el profundo horror con el que se produjo la represión de este postrer levantamiento morisco; se trata de un texto contemporáneo (1571), escrito por un militar español, participante en los hechos e historiador de los mismos:

...hasta que vimos a los enemigos, nación belicosa, entera, armada y confiada en el sitio, en el favor de los bárbaros y turcos, vencida, rendida, sacada de su tierra y desposeída de sus casas y bienes; presos y atados hombres y mujeres; niños cautivados, vendidos en almoneda o llevados a habitar a tierras lejanas a la suya: cautiverio y transmigración no menor que de las que de otras gentes se leen por las historias. Victoria dudosa y de sucesos tan peligrosos, que alguna vez se tuvo duda si éramos nosotros o los enemigos los a quien Dios quería castigar, hasta que el fin della descubrió que nosotros ERAMOS LOS AMENAZADOS Y ELLOS LOS CASTIGADOS [mayúsculas más]...⁴

La vía de la asimilación estaba agotada y la limpieza étnica debía consumarse. En 1609 se firmaba el decreto de expulsión de los moriscos. Desde entonces, hasta la fecha, ninguna minoría étnica importante se instalará en el terri-

torio del Estado Español (otras minorías como los gitanos, los agotes u otras similares nunca llegaron a tener un peso similar, ni cuantitativo ni cualitativo). En lo que convencionalmente se conoce como España, a partir del s. XVII se configurará una sociedad con un grado de uniformidad étnico-religiosa muy superior a todas las de su entorno, incluidos Portugal y Marruecos, y por supuesto, Francia y el resto de países europeos.

Hacia un replanteamiento del problema en la actualidad

Cabe suponer plausiblemente que cerca de cuatrocientos años de ausencia de musulmanes en la sociedad española habrán borrado hasta los últimos vestigios de los antiguos rencores étnicos. Para lugares como por ejemplo Vitoria, es sumamente probable que la primera mezquita que se haya abierto en toda su historia date de hace menos de diez años (o, en todo caso, puede decirse que no ha habido una mezquita en Alava desde hace mil años, si alguna vez hubo alguna). En estas condiciones, ¿cómo es posible afirmar, como hice al principio, que existen especiales razones históricas para que los magrebíes se conviertan en una minoría odiada?

Existen dos grupos de razones. En primer lugar, el nacimiento de una historiografía española nacionalista a partir del s. XIX volverá a situar a los olvidados moros entre el conjunto de lugares comunes que debe conocer toda persona ilustrada, o al menos toda persona que ha pasado por la escuela. La Reconquista se constituye en uno de los hitos fundamentales de la historia de España, y se interpreta ante todo como la lucha incesante y heroica ante el *moro* pérfido; se presenta a los musulmanes como una especie de enemigos naturales de los españoles, que los combaten durante ochocientos años para re-conquistar su patria robada. Acabada la Reconquista, la lucha contra los turcos y los piratas berberiscos toma el relevo, y ofrece un nuevo marco en el cual resaltar el ya señalado carácter de los musulmanes como enemigos naturales de los cristianos. La desgraciada biografía personal del literato español más estimado, **Cervantes**, colabora en este empeño: Lepanto, donde perdió un brazo, presentada como cumbre de la gloria nacional por todos los siglos (*la más alta ocasión que vieron los siglos*), o su descichado y cruel cautiverio en Argel; ámbos constituyen páginas de la historia y la literatura española donde los *moros* juegan el papel de malos de la película.

Pero al margen de esta imagen estereotipada transmitida por la escuela, existe una imagen mucho más real y que, a mi entender, es la que puede jugar un papel decisivo. Se trata de la imagen forjada por la larga y sangrienta gue-

rra colonial llevada adelante por España en Marruecos entre 1909 y 1926. Asimismo, la represión de la Revolución de Asturias en Octubre de 1934 y la Guerra Civil de 1936-1939 contribuyeron a reforzar esta imagen.

La Guerra de África: Nacimiento de un nuevo estereotipo

La guerra colonial que se desarrolló en el N. de Marruecos durante diecisiete años es quizás el acontecimiento más influyente de la historia de España de este siglo. En ella se forjó un ejército (una casta militar) que a partir de 1923 se mantuvo casi ininterrumpidamente en el poder hasta fechas muy cercanas (España es el único caso de país conquistado por su propio ejército colonial) y generó una ideología (una mentalidad incluso) violentamente nacionalista, que ha echado hondas y perdurables raíces en la sociedad española. Este hecho constituye el asiento fundamental de mi hipótesis. En este apartado intentaré resumir brevemente el conflicto.

España mantenía una cierta presencia en el N. de Marruecos ya desde el s. XV, pero desde los tiempos de **Felipe III** hasta el comienzo de este siglo, podríamos calificarla de residual, e incluso anecdótica. A finales del s. XIX las potencias europeas inician una rápida carrera colonial que en España no despertó el menor interés; es más, la costosa Guerra de Cuba, que culminó con el desastre de 1898, tuvo la virtud de convertir a la sociedad española en abiertamente enemiga de cualquier empresa colonial. Sin embargo, los conflictos entre las potencias europeas (Francia, Inglaterra, Alemania) por el control del Mediterráneo occidental, junto con la desidia e ineptitud de los políticos españoles, iban a embarcar a España en una larga y sangrienta guerra perfectamente inútil. En efecto, las ambiciones de Francia sobre Marruecos (ya ocupaba Argelia) empujaron a Inglaterra a presionar a España para que se hiciera cargo de por lo menos su zona N. (la costa mediterránea); la intromisión alemana (1911) fue un factor añadido para que España sintiera comprometido su honor nacional.

La guerra se inició en julio de 1909 a resultas de un conflicto local que provocó el ataque de las tribus marroquíes sobre unas instalaciones mineras. El gobierno español decidió llamar a tropas de la península (entre ellas los reservistas) y se encontró con un súbito estallido de violencia en Barcelona, cuando estas tropas se negaron a embarcar y se produjo un motín: fue la Semana Trágica, que se saldó con al menos 250 muertos y 1700 personas sometidas a tribunales militares. Pero lejos de reflexionar, las autoridades españolas decidieron continuar su política colonialista y en 1912 firmaban un tratado con Francia, por el cual ambas potencias se repartían Marruecos, quedando para

España toda la franja N. En la práctica, este *protectorado* quedó en manos de las autoridades militares, que no vacilaron en mantener una sangrienta guerra hasta su *pacificación* en 1926.

Todas las guerras coloniales son, casi por definición, especialmente crueles y sangrientas (tal vez por que en ellas el racismo es siempre un elemento fundamental). A modo de ejemplo, podemos recordar las guerras de independencia de Argelia (en los 50) o de Vietnam (en los 60). Y son sangrientas en primer lugar para los indígenas de la zona; sin embargo, en este caso, la impotencia del Estado Español y la ineptitud de sus militares convirtieron esta guerra en un matadero también para las propias tropas coloniales. El desastre de Annual es la prueba más palpable. Desde 1915 apenas se había luchado en Marruecos: la política de sobornos y paciente atracción de los jefes tribales se estaba revelando mucho más eficaz que las medidas coercitivas. La ocupación militar avanzaba sin que algún desastre ocasional (como la emboscada de Cudia Rauda (1919), donde murieron 200 soldados) interrumpiera el optimismo general. Pero en enero de 1920 el general **Manuel Fernández Silvestre** se hacía cargo de la Comandancia General de Melilla. Se trataba de un general de caballería de la vieja escuela, impetuoso y rudo, que además gozaba de la amistad personal del rey **Alfonso XIII**.

Nada más llegar, **Silvestre** se lanzó a un avance precipitado y mal preparado hacia el corazón del Rif, sin que las advertencias de sus superiores lograran detenerle (contaba con el apoyo personal del rey, que estaba encantado con las azañas de su nuevo general y, por supuesto, nadie quería enemistarse con el rey). El objetivo último era la ocupación de la bahía de Alhucemas, donde debía construirse una nueva *Ciudad Alfonsina*. Pero el avance se asentaba sobre unas bases de barro: la corrupción generalizada reinaba a la vista de todos; Melilla estaba plagada de burdeles, bares y garitos donde corría a raudales el dinero procedente de sobornos y negocios ilícitos; **Silvestre** permitía que la mayoría de sus oficiales pasara noche en Melilla (lejos de sus puestos de combate) e incluso les permitía llamarle Manolo y tutearle.

A mediados de julio de 1921, los rifeños atacaban las posiciones más avanzadas de **Silvestre** en Annual; el general, remiso a aceptar la gravedad de la situación, reunió las tropas disponibles y acudió en ayuda de los atacados, después de solicitar refuerzos a la superioridad. Colocado en una difícil situación, perdió la cabeza y, presa del fatalismo, se decidió a morir como un héroe en Annual mientras confiaba la organización de una retirada desesperada a sus subordinados. Sus oficiales fueron incapaces de evitar el pánico y la retirada se transformó en una desbandada general de todas las posiciones militares hacia Melilla. Las tropas auxiliares marroquíes (los Regulares) se unieron a los atacantes y se consumó una auténtica carnicería. Se calcula que hubo

unos 10.000 muertos, de 25.000 soldados que componían la guarnición (de ellos unos 1500 solo existían sobre el papel, ya que se hallaban en la península gozando de permisos ilegales).

Pero esto no fue lo peor. Diversas posiciones militares españolas quedaron cercadas por los indígenas sin que desde Melilla pudieran reunirse tropas suficientes para acudir en su ayuda. Ante la impotencia de los españoles, refugiados en la plaza, fueron cayendo una a una, siendo, seguidamente, sus defensores pasados a cuchillo (Nador, Zeluán). Aún el 9 de agosto, desde Melilla se daba al general **Navarro** la orden de rendirse en la posición de Monte Arruit (donde se hallaban cercados mas de 1300 militares y civiles); los marroquíes traicionaron el acuerdo y tras la rendición, asesinaron a la mayoría de los españoles, excepto a los oficiales y civiles (unos seiscientos). Este episodio de Monte Arruit es quizá el que mejor ilustra la crueldad de una guerra absurda. El horror de los cadáveres mutilados de los soldados españoles, hallados semanas más tarde, quedará hondamente grabado en la opinión pública a través de los reportajes de prensa y el testimonio de los nuevos reclutas.

Los Moros vistos por un oficial español

A fines de agosto de 1920, ante las pesadas cargas económicas y políticas que provocaba la presencia del ejército regular en Marruecos, el Gobierno confiaba al teniente coronel **José Millán-Astray** la formación de un cuerpo profesional de élite, el Tercio de Extranjeros, a imitación de la Legión Francesa. El oficial encargado de la instrucción de las primeras unidades era un joven ambicioso y de decidida vocación militar: el comandante **Franco**. En 1922, este mismo oficial publicaba su primer libro, *Diario de una bandera*, donde relataba sus experiencias en la guerra de Marruecos durante la pasada campaña (desde octubre de 1920 a abril de 1921, es decir, todo el periodo del desastre de Annual); se trata de un documento estremecedor, donde puede apreciarse claramente el tipo de ideología que se gestó entre la oficialidad destinada a ser dueña absoluta del Estado Español durante cuarenta años. La visión de los moros ocupa un papel relevante en la génesis de esta ideología. Por ambos motivos, la lectura crítica de este libro resulta sumamente pertinente.

El primer rasgo a destacar es el racismo: los moros, evidentemente, son muy diferentes a los españoles. De entrada, son incapaces de gobernarse solos, y es por ello por lo que necesitan de nuestra presencia civilizadora; hay quien opina que mediante la mera acción política podremos convencerles para que

se sometán a nosotros y acepten nuestra protección: grave error, la particular *psicología de los cabileños* consiste en que *mientras tengamos enfrente contingentes armados, mientras Beniurriaguel [la cábila del líder independentista Abdel-Krim] no sea sometido, el problema de Marruecos ha de seguir en pie.* (p. 211-212) ⁵. Si queremos que nos acepten y respeten, el empleo de la fuerza es inevitable. Sólo así conseguiremos *dar al mundo la sensación que las calas y ensenadas marroquíes han dejado de ser nido de piratas y que en ellos los faros de civilización marcan la ruta a los navegantes* (p. 212).

Y no somos iguales porque, en segundo lugar, los moros son sucios. Veamos esta interesante descripción de un pueblo cualquiera de Marruecos:

Por esta puerta, entran en la ciudad gentes del campo: moras sucias y desgredadas, cargadas con haces de leña; burros enanos que se tambalean con su pesada carga y moritos chicos de caras sucias, que miran con curiosidad a los nuevos soldados. -¡Paisa, trai pirra!, es su saludo favorito, y algunos espléndidos les arrojan alguna moneda que se disputan, mientras otros, más prácticos, les contestan con dichos y bromas. Después de un pequeño alto, desfilan por la plaza de España, ante nuestro general en jefe, los legionarios; la gente se apiña a su paso, Y ES ANTE EL DESFILE DE ESTOS RECIOS SOLDADOS CUANDO SE SIENTEN LAS GRANDEZAS DE LA RAZA. [mayúsculas más] (p. 48).

La caracterización de los marroquíes (en contraste con los españoles) es abiertamente racista. Aparte de la repetida mención a la suciedad (típica de todos los discursos racistas), la asimilación implícita de las mujeres marroquíes (moras) con las bestias de carga (ambas entran en la ciudad cargadas de leña) constituyen un rasgo de animalización muy marcado (también típico de todos los discursos racistas). Los moros no son personas como nosotros; es cuando nuestros soldados desfilan entre ellos cuando palpamos la diferencia, cuando *se sienten las grandezas de la raza*.

Pero dentro de este concepto general de animalización de los moros, podemos ir sumando nuevos atributos: las moras son bestias de carga, pero los moros son bestias salvajes, astutos, crueles y despiadados. Aunque presente en todo el libro, el capítulo dedicado a Zeluán y Monte Arruit es especialmente abundante en alusiones al salvajismo y falta de humanidad de los moros:

El camino que hemos seguido está jalonado de cadáveres en actitud de sufrimiento, y en el poblado, la casa de Laina se nos ofrece uno de los espectáculos más horribles de crueldad. (p. 153)

Renuncio a describir el horrendo cuadro que se presenta a nuestra vista. La mayoría de los cadáveres han sido profanados o bárbaramente mutilados. (p.155)

En el desastre, muchas mujeres fueron especialmente crueles, remataban los heridos y les despojaban de sus ropas, pagando de este modo el bienestar que la civilización les trajo. (p.174)

Contra semejantes fieras no es de extrañar que haya que adoptar métodos radicales (¿o tal vez fueron estos métodos los que los transformaron en fieras?). Todo el libro está plagado de actos de crueldad y brutalidad contra los marroquíes, pero, al revés que los anteriormente citados, éstos no provocan ningún comentario reprobador: o se trata de un *justo castigo* o, simplemente, el robo, la violación, el saqueo y el asesinato indiscriminado de población civil son reseñados como *excursiones* o *pequeñas escaramuzas*. Veamos algunos ejemplos de saqueo y represalias contra la población civil:

Al mediodía consigo autorización del General para castigar los poblados de que partió la reacción y desde los que el enemigo nos hostiliza... Mientras una sección, rompiendo el fuego sobre las casas, protege la maniobra, se descuelga otra por un pequeño cortado y rodeando los poblados, impone castigo a sus habitantes; las llamas se levantan de los techos de las viviendas y los legionarios persiguen a sus moradores. (p.110)

Los legionarios, desde su llegada, se han extendido por los poblados, de los que traen mil baratijas; platos, cucharas, sillas, todo lo que los moros habían anteriormente saqueado. (p.144)

La Cábila de Beni-bu-Ifrur ha sido rodeada, y el día 2 de diciembre, recorriéndola e imponiendo un justo castigo a los aduares. A nuestro paso, las columnas de humo se levantan de las pequeñas casas y la ola de fuego alcanza a los poblados de la montaña. (p.179)

Pero no se trata sólo de operaciones militares más o menos planificadas, que pueden tener su justificación en una lógica estrictamente militar; es la propia práctica cotidiana del ejército colonial lo que nos revela que, para los legionarios y sus oficiales, los moros difícilmente llegan a la categoría de personas; veamos otro ejemplo:

La vida de los legionarios en Senangan es distraída; cuando la instrucción o el tiro no les retiene sujetos, se esparcen por los alrededores y se registran pequeñas escaramuzas.

Uno de los que más se distingue por sus arriesgadas salidas es el mal-

tés, legionario en estado primitivo; su afición a la “razzia” ha hecho que no le dejen el fusil para que no se interne por los aduares, pero con la llegada de soldados nuevos ha encontrado medios de proseguir sus “razzia”. Hoy ha llevado a dos compañeros para que le protejan mientras “razzia” un aduar, en el que se encuentra a un moro cargando un burro con la cebada de los silos; una morita joven, dentro del silo, le va entregando un cubo con el grano; el moro, sorprendido, quiere huir; el maltés le persigue agarrándole de la chilaba, y los quintos le disparan, sin herirle. El enemigo se aproxima al ruido de los tiros, y como la mora no quiere salir del silo, la tapan, y cogiendo el burro se retiran barranco abajo al campamento, en donde protesta indignado de sus compañeros de excursión: “él poder traer mora bonita y colorada para Comandante y ellos estar quintos, tirar mal y marchar moro”, dice con su hablar estilo indígena. Otro legionario, de aduares lejanos, viene con un baúl cargado; le persiguen a tiros, y parapetándose en la cuneta, se viene defendiendo hasta llegar al campamento. ASI SUCEDEN LAS EXCURSIONES DE LOS LEGIONARIOS [mayúsculas mías], alguna de las cuales a alguno le costó la vida, pero esto aleja del campamento los paqueos” (p.154)

Como podemos comprobar por este párrafo, el robo y saqueo de población civil se efectuaba sistemáticamente y a plena luz del día, por parte de legionarios que actuaban por propia iniciativa y sin ningún control, contando para ello con el beneplácito de sus oficiales. El secuestro, violación y asesinato (afortunadamente frustrados en este caso) eran asimismo acontecimientos habituales que no sólo no provocaban reacciones de repudio entre la oficialidad, sino que eran vistos como ingredientes positivos dentro de la táctica militar (alejaban a los francotiradores). En resumen, la población civil (los *moros*) podía ser objeto de todo tipo de vejaciones sin que de ello se derivara ninguna responsabilidad. Este hecho sólo tiene una explicación: para los legionarios y sus oficiales, los moros no llegan a la categoría de seres humanos.

A riesgo de resultar repetitivo, quiero recoger un último testimonio del trato que recibían los moros por parte del ejército español. Se trata, a mi entender, del relato de un asesinato mediante la aplicación de la ley de fugas; juzgue el lector por sí mismo en vista de los testimonios anteriores:

Cae la tarde, cuando un cabo legionario, con su escuadra de servicio de leña, se nos presenta en el campamento; los soldados son portadores de cinco fusiles mausers cogidos al enemigo: Mi comandante —nos dice—, aquí traemos estos cinco fusiles de unos moros que hemos matado en el

servicio. Estábamos cortando leña en la derecha del Uisan, cuando escuchamos tiros hacia la carretera; acudimos al fuego, cumpliendo nuestro credo legionario, y al llegar nos recibieron tirándonos desde uno de los adueros. Como los moros estaban parapetados y con los pocos hombres que llevaba no podía castigarlos, me apoderé de un ganado que se hallaba próximo y de dos chicos pastores, uno de los cuales mandé al aduar para que viniese el jefe con los hombres armados a entregarse o me llevaba el ganado al campamento. Llegaron cinco moros, uno de ellos al parecer jefe, a los que sin dar tiempo a defenderse, desarmamos e hice venir delante de nosotros al campamento. Nos siguieron de buen grado mientras creían ir a la oficina de Policía, pero cuando vieron que torcíamos por el camino de Senangan, PRE-TENDIERON HUIR POR UN BARRANCO [mayúsculas mías]. El ganado, para que no se pudiera pensar que había sido el origen de este episodio, lo he entregado, al paso, en la posición de Bu-Atlaten. Estas mismas declaraciones hicieron los demás soldados, y un rato después, un sargento y un soldado de ingenieros vinieron a comprobar lo sucedido; ellos eran los que estaban tendiendo la línea telefónica cuando fueron tiroteados por el enemigo y querían manifestar que la presencia de los legionarios les había salvado de la agresión (p.179).

Con semejante *labor civilizadora* no es de extrañar que los marroquíes, en vez de “estar agradecidos” reaccionaran con una guerra implacable (y sumamente cruel, según vimos en el apartado anterior, al relatar el desastre de Annual). El comandante **Franco** no se cansa de subrayar el salvajismo de los moros y la necesidad de “vengar” sus crueldades: *los legionarios regresan satisfechos; las bajas enemigas han sido muy crecidas* (p. 186). Como fruto de una sangrienta guerra, se estaba consagrando el estereotipo de moro como especie de fiera sanguinaria, taimada, traicionera, sucia, cruel, implacable, etc... Esta será la imagen que reciban los cientos de miles de reclutas que pasaron por Marruecos durante la guerra, y la que transmite la prensa para el resto de habitantes de la península. Es, además, la que adopta la oficialidad del ejército (como por ejemplo el comandante **Franco**, futuro “Caudillo de España”), y la que se convertirá en credo oficial durante cuarenta años de franquismo. Resulta difícil no darse cuenta de la importancia de este hecho a la hora de valorar la imagen de los magrebíes asentada en el subconsciente de amplias capas de la sociedad española actual.

De cara a un estudio más en profundidad del fenómeno del racismo, y en particular de los aspectos psicológicos de la mentalidad racista, hay una matización importante que hacer: **Franco** admira a *el moro duro y valiente* (p. 210)

y repetidamente a lo largo del libro la reprobación de su ferocidad (tan detalladamente descrita para las matanzas de Zeluán o Monte Arruit), se compagina con una abierta admiración por estos implacables guerreros. En un proceso psicológico difícil de entender (al menos para el autor de estas líneas), los civilizadores pasan a compartir los mismos atributos que los moros, y el círculo del racismo se cierra completamente: lo que vemos y repudiamos en el otro no es sino el reflejo de nuestros propios temores demoníacos, objetivados en unos semejantes a los que degradamos; es un espejo deformado de nuestras miserias, el **Mr. Hyde** odiado y admirado al mismo tiempo por el **Dr. Jekyll**, su otro yo que repudia y anhela confusamente.

No siendo yo persona cualificada para abordar este tipo de cuestiones, me limitaré a apuntar el tema, ofreciendo para ello un ejemplo extraído de este mismo texto y contexto: se trata de un himno de legionarios, considerado por el comandante **Franco** como *uno de los cantos más bonitos hechos a la Legión* (p. 166); este escalofriante himno a la muerte puede servir para ejemplarizar este extraño comportamiento psicológico de las mentalidades racistas (me limito a copiar algunos de los párrafos más significativos):

La canción del legionario

*¿Quiénes son estos bravos soldados
con bustos de bronce, curtidos al sol?
Legionarios del Tercio Extranjero
que llevan la savia del suelo español.
Un laurel brota siempre en las huellas
que los legionarios dejan al pasar
y germina regado con sangre
formando una hermosa corona triunfal.
(...)*

*Cuando avanzan sedientos de lucha
para detenerlos no hay fuerza capaz,
pues asolan, incendian y matan
como poseídos de furia infernal.
Segadores de vidas les dicen;
cada legionario semeja un Titán,
y gozosos, usan el machete
como un acerado y agudo puñal.
(...)*

*Legionario que siembras la muerte
y audaz la persigues con ansia febril;*

*a tu empuje ni aún ella resiste;
la Muerte va huyendo delante de tí.
Será en vano que la desafíes
cuando en el combate te ciegue el furor...
¡Tu destino es soñar la quimera
que hoy hecha girones va en tu corazón!
Y harás yermo el terreno que pises,
campo de exterminio y desolación
y aún habrá una sonrisa en tu boca:
tu amarga sonrisa de desilusión.
Y es que dentro, muy dentro del alma,
fundido en tu sangre con llanto y con hiel,
aún revive contra tu deseo
un inolvidable nombre de mujer.
(...)
Soy legionario de España,
que una hazaña sin rival
daré al libro de su Historia
para ofrendarle la gloria
de otra página inmortal.
Diario de una bandera (pp. 166-168).*

La Guerra Civil española: el estereotipo se consolida

En 1926 concluían diecisiete años de guerra ininterrumpida con la definitiva pacificación del Protectorado. Para ello, había sido necesario que en 1923 los militares tomaran el poder mediante un golpe de estado que contó con la complicidad de la Monarquía (uno de los factores más importantes del golpe fue la necesidad imperiosa de evitar que la actuación de los responsables del desastre de Annual, incluido el rey **Alfonso XIII**, pudieran ser objeto de investigación y debate público) y tuvieran las manos libres para dedicar a la guerra de Africa los recursos necesarios.

Durante un breve lapso de cinco años (1931-1936) vuelven los gobiernos civiles, pero la Guerra Civil consagrará la hegemonía absoluta de los militares cuya ideología y visión de los magrebíes hemos examinado en el apartado anterior. A partir de aquí, durante cuarenta años, el racismo contra los *moros*

será un ingrediente más de la ideología oficial del régimen, una ideología que contará con todos los aparatos del estado para su difusión.

Pero no se trata solamente de la difusión por parte del estado de una ideología racista. Hay más. El papel represor jugado por las tropas de mercenarios magrebíes al servicio de **Franco** durante la Guerra Civil (los Regulares y muchos de los legionarios eran magrebíes), combinada con el recuerdo de la guerra de Africa (aún muy reciente) en la opinión pública, dejará una huella muy profunda en la sociedad española. Veamos algunos hechos.

Recordemos que desde el inicio de la guerra de Africa se habían reclutado contingentes de mercenarios magrebíes al servicio del ejército español contra sus propios compatriotas (los Regulares). Finalizada la guerra en 1926, estos contingentes se mantuvieron como un instrumento privilegiado para mantener la paz en Marruecos; **Franco** mismo era un decidido partidario de su reforzamiento y así lo manifiesta varias veces en el libro tan profusamente citado (“la gente ignora el mérito de estos soldados que pelean por España” p.101). Cuando estalle la Guerra Civil, estos mercenarios serán utilizados por los militares como cuerpo de élite contra la República.

El primer precedente lo constituye la Revolución de Asturias de octubre de 1934. El general **Franco**, al mando de un cuerpo expedicionario proveniente de Marruecos, en el que se incluían unidades de Regulares, procedió a reprimirla a sangre y fuego, utilizando para ello los métodos que le hicieron famoso en la guerra de Africa. Las tropas magrebíes se distinguieron especialmente por su crueldad en la represión.

Pero a partir de julio de 1936 asistimos a una acción mucho más prolongada y sistemática. Tal como ha demostrado **Alberto Reig Tapia** ⁶, la represión franquista se caracterizó tanto por estar programada desde el mando militar con carácter sistemático (y no episódico y descontrolado, como en el bando republicano) como por su extrema crueldad. Desde el primer momento, los militares sublevados decidieron sembrar el terror entre la población civil, con objeto de anular por el miedo cualquier voluntad de resistencia. Unas palabras del general **Mola** el 19 de julio de 1936 a los alcaldes del área de Pamplona (que él había convocado) pueden servir de ejemplo:

Hay que sembrar el terror...hay que dejar sensación de dominio eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todos los que no piensen como nosotros. ⁷

Son las técnicas de la guerra de Africa: sembrar el terror indiscriminado entre la población a fin de que ésta se someta. Para llevar adelante este objetivo las tropas mercenarias magrebíes constituían un instrumento privilegiado. Desde

el principio se dejó claro que, en determinadas circunstancias, estas tropas tenían carta blanca para actuar contra la población civil española del mismo modo que actuaron los legionarios contra la población civil marroquí en la guerra de África. No se trataba sólo de que pudieran robar, matar y saquear libremente a los rojos, sino también a sus familias; en especial, tenían carta blanca para violar mujeres. Veamos algunos ejemplos:

Nuestros valientes legionarios y regulares han enseñado a los rojos lo que es ser un hombre. De paso, también a las mujeres de los rojos, que ahora por fin han conocido hombres de verdad, y no castrados milicianos. Dar patadas y berrear no las salvará...

(declaraciones por radio del general **Gonzalo Queipo de Llano**,
23 de julio de 1936, Sevilla).⁸

No parece que se tratara de meras amenazas. Un corresponsal de guerra norteamericano, nada sospechoso de simpatías republicanas, escribía el siguiente testimonio acerca de los primeros meses de guerra:

Los hombres que los mandaban nunca negaron que los moros asesinaron a los heridos del Hospital Republicano de Toledo. Se jactaban de haber arrojado granadas en medio de doscientos heridos desamparados y horrorizados. Nunca me negaron haber prometido a los moros mujeres blancas cuando ocuparan Madrid (John T. Whitaker) ⁹

De hecho, tal como dice **Reig Tapia**,

no era necesario esperar a la conquista de Madrid. Los Regulares del Ejército de Africa dejaban a su paso un reguero de sangre y de violaciones. El Mizzián, oficial marroquí que llegó a ser Capitan General de Galicia con Franco, ofrecía mujeres republicanas como botín sexual a sus guerreros. El mismo Whitaker fue testigo, cerca de Navalcarnero, de un acto de este tipo cuando el Mizzián entregó dos mujeres jóvenes, tras ser interrogadas, a cerca de cuarenta moros que descansaban en la escuela del pueblo. Inútilmente horrorizado y lleno de cólera protestó el corresponsal; el Mizzián le respondió sonriendo con afectación: "Oh, no vivirán más de cuatro horas". Piensa Whitaker, que tuvo que acabar abandonando la zona nacional, que Franco (de quien dependían estas tropas), consentía estos hechos a modo de "compensación" con sus aguerridos soldados, porque los moros tardaban en cobrar por dificultades financieras.¹⁰

Pero pecaríamos de ingenuos si creyeramos que semejantes vejaciones se dirijían sólo contra los elementos republicanos. Tal como ocurría en África, una vez

desatada la máquina del terror, ésta no acostumbraba a hacer distingos. El presente testimonio nos lo confirma:

Al entrar en Naval Moral de la Mata, los Regulares moros produjeron escenas de salvajismo insuperable, asesinando a sus moradores y desvalijando sus casas. Los elementos de ultraderechas, por poseer los mejores muebles, fueron los más castigados. Muchas mujeres católicas, que rezaban porque entrasen los fascistas, fueron, cuando ello ocurrió, violadas y muertas.

(Informe del Colegio de Abogados de Madrid sobre violaciones de los derechos humanos practicados por los militares sublevados, Octubre 1936. Firmado por el Decano, **Eduardo Ortega y Gasset** y el Secretario, **Luis de Zubillaga**)¹¹

De nuevo el *moro* nos aparece bajo la forma de fiera sanguinaria, implacable y cruel, en esta ocasión con unos instintos sexuales absolutamente animales (este rasgo también es típico de los estereotipos racistas). En esta ocasión, unos mercenarios educados en el ejército español bajo las máximas de una oficialidad racista y despiadada, van a ser utilizados por ésta como instrumento de terror entre la población civil española, a fin de que estos oficiales (encabezados por **Franco**) se hagan dueños absolutos del Estado. Es probable que el recuerdo personal de la guerra de Africa y de sus métodos fuera un factor importante en la actuación de estos mercenarios pero, en cualquier caso, debe quedar claro por quienes fueron educados e instrumentalizados.

Tenemos ya un estereotipo perfectamente consolidado. Forjado en el curso de una guerra cruel, se consagró en medio de otra, alcanzando una difusión entre todos los estratos de la sociedad española (derechistas e izquierdistas, ambos por igual) muy digna de ser tenida en cuenta. Es cierto que el recuerdo de la Guerra Civil poco a poco se va extinguiendo, pero personalmente considero que aún han transcurrido muy pocos años para que este tipo de hechos hayan sido olvidados por completo. Aún no.

A modo de conclusión

Tras este largo recorrido histórico, creo haber demostrado con creces que existen motivos de índole histórica suficientes para considerar que los magrebíes (*los moros*) son el grupo étnico que más fácilmente puede ser blanco de odios raciales en España. Bastaría con que una leve brisa de odio reavivara los rescoldos de la guerra de Africa y la Guerra Civil. Unos rescoldos que me temo

se hallen muy profundamente grabados en la memoria colectiva de amplísimas capas de la población. Las referencias (por el momento preferentemente jocosas) a la *suciedad* de los *moros*, a sus desaforados instintos sexuales, a su carácter taimado, engañoso, etc... pueden derivar muy fácilmente a apelaciones más explícitas a su crueldad, su carácter intrínsecamente perverso, su sadismo, etc... que enlacen con recuerdos de las guerras descritas.

Y, sin embargo, esta imagen no responde a ninguna característica especial de los magrebíes. Bastaría echar un vistazo a las características atribuidas a otros grupos étnicos blanco de odios raciales (los judíos, los negros, los gitanos, etc...) para encontrarnos con un cuadro muy similar. No es que haya que convertirlos en ángeles; las matanzas de Monte Arruit o los desafueros durante la Guerra Civil son hechos perfectamente reales y documentados. Se trata simplemente de recordar que la crueldad y el sadismo son, por desgracia, patrimonio de la humanidad, no de un determinado grupo étnico. Cuando el curso de una guerra eleva estos fenómenos por lo general socialmente reprimidos a la categoría de patrones de conducta, y los asocia con oscuros fines a un determinado grupo étnico, el racismo cuenta ya con vía libre. Y cuando desde el poder se fomenta la histeria colectiva en vez de la pacífica convivencia, es el momento de preocuparse. Esperemos que no sea el caso en nuestra sociedad, y que los viajes turísticos a Marruecos, el fomento al estudio de su arte, su literatura, sus costumbres, etc... (que sería de desear que se produjese tarde o temprano) contribuyan a hacer olvidar épocas pasadas de odio.

Notas

- 1.- **Thomas F. Glick:** *Cristianos y musulmanes en la España medieval (711-1250)* Madrid, Alianza, 1993.
- 2.- Citado por **Joseba Intxausti:** "Granada 1492: garbiketa etniko baten bez-peranin *JAKIN*, nº 74, enero-febrero 1993, p. 71.
- 3.- *Ibidem.*
- 4.- **Diego Hurtado de Mendoza:** *Historia de la Guerra de Granada* (escrita en 1571, publicada en 1627). La cita está tomada de Ramón Menéndez Pidal: *Antología de prosistas castellanos*, Madrid, CSIC, 1990, p.100.
- 5.- **Comandante Franco:** *Diario de una bandera*. Madrid, Doncel, 1976. En lo sucesivo, para todas las citas nos remitiremos a esta edición.
- 6.- **Alberto Reig Tapia:** *Ideología e historia: sobre la represión franquista y la Guerra Civil*, Madrid, Akal, 1984
- 7.- *Op. cit.*, p. 146.
- 8.- *Ibidem*, p.144.
- 9.- *Ibidem.*
- 10.- *Ibidem.*
- 11.- *Op. cit.*, p.165.